

ELEY WILLIAMS
El diccionario del mentiroso

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU

narrativasextopiso



A DE *ASTUTO* (ADJ.)

David estuvo hablándome durante tres minutos sin darse cuenta de que yo tenía un huevo entero metido en la boca.

Yo había adoptado mi postura habitual para comerme el almuerzo: encorvada en el almacén (a la cena siempre llegaba con hambre por lo poco que almorzaba ahí) situada entre los cartuchos de la impresora y las pilas de cinta adhesiva de embalar. Mediodía. Puede ser estupendo husmear el almuerzo y a menudo es el mejor momento de un día de trabajo. En muchas ocasiones he estado ahí parada, en el almacén de Swansby House, debajo de la claraboya, sorbiendo sopa directamente del cartón o persiguiendo con la lengua unos granos individuales de arroz que habían quedado en un táper todo manchado. Esta clase de almuerzo sabe mucho mejor cuando se come sin que nadie te mire.

Me metí un huevo duro en la boca y empecé a masticar, leyendo una docena de palabras que significan *sobre* impresas en distintos idiomas en el costado de unas cajas de suministros. Para pasar el rato, traté de memorizar todos esos términos. *Boríték* es la única palabra húngara que se me ha quedado, además de Biró y Rubik, inventores del bolígrafo y de la perplejidad humana. Elegí un segundo huevo duro y me lo metí en la boca.

Estaba rumiando como de costumbre, ramoneando con la cabeza metida en el abrevadero, cuando se abrió la puerta y David Swansby, el director editorial, entró de perfil en el almacén.

En realidad, David sólo tenía ese cargo por una cuestión de protocolo. Procedía de un gran linaje de editores Swansby. Yo era su única empleada.

Lo miré, totalmente concentrada en el huevo que tenía metido en la boca, mientras él cruzaba el umbral y cerraba la puerta a su espalda.

—Ah, Mallory —dijo David—. Me alegro de haberte encontrado. ¿Puedo decirte una cosa?

Era un atractivo setentón que tenía una manera vivaz y expresiva de emplear las manos que no era apropiada para un almacén tan pequeño. He oído a alguna gente decir que los dueños de perros con frecuencia se parecen a sus mascotas, o que las mascotas se parecen a sus dueños. En cierto sentido, David Swansby se parecía a su caligrafía: ambos eran ridículamente altos, pulcros, ricos en ángulos rectos. Como mi caligrafía, yo era consciente de que a menudo daba la impresión de que necesitaba que me ordenaran, que me plancharan e incluso que me esterilizaran. Para cuando la tarde se estiraba y enrollaba alrededor del reloj, tanto mi caligrafía como yo nos habíamos degradado hasta convertirnos en un gran fardo rugoso. Estoy siendo un tanto coqueta en mi elección de palabras: *rugoso*, como *desgastado* o *raído*, transmiten una sensación de comodidad y afabilidad; lo que quiero decir es que al final del día siempre estaba hecha un desastre. Parecía que las arrugas me buscaran y encontraran y se pasaran lista unas a otras sobre mi ropa y mi piel mientras yo contaba las horas que faltaban para irme a casa. Esto no importaba demasiado en Swansby House.

David Swansby no tenía una presencia físicamente amenazadora y sería injusto afirmar que me arrinconó en el almacén. Sin embargo, la habitación no era lo bastante grande para dos personas y la situación efectivamente involucraba un rincón, y desde luego en aquel momento yo estaba implicada en el modo en que el sustantivo rincón se convirtió en verbo.

Me quedé esperando a que mi jefe me dijera qué quería, pero él insistió en hablar de cualquier cosa. Dijo algo agradable sobre el tiempo y comentó recientes éxitos y fracasos deportivos, después volvió a referirse al tiempo, y cuando se hubo quitado todo eso de encima yo empecé a asustarme, con el huevo todavía en la boca: sin duda ahora esperaba que yo le ofreciera

alguna respuesta o que me mostrara de acuerdo o confesara algo o, como mínimo, que aportara alguna idea propia. Me planteé qué sucedería si intentaba tragarme el huevo entero o empezaba a masticarlo y a hablar a través de él, si actuaba como si aquello fuera una conducta normal. ¿O acaso debería escupírmelo en la mano con total tranquilidad, resplandeciente y con la marca de mis dientes, y decirle a David que escupiera qué quería, como si todo fuera lo más natural del mundo?

David jugueteaba con el mango de una etiquetadora que había en un estante cercano a su ojo. La movió levemente para ponerla derecha. Típica conducta de una editorial, pensé. Él levantó la vista en dirección a la claraboya.

—No puedo con esta luz —dijo—. ¿A ti no te molesta? Es demasiado clara.

Yo murmuré algo.

—Mira eso.

Desvió la mirada de la claraboya hacia sus zapatos, que estaban en un débil charco de luz.

Ruidos apreciativos por mi parte.

—*Apricidio* —dijo David. Pronunció la palabra con fervor. A la gente que trabaja con palabras le gusta hacer esto: enunciarlas con admirativas florituras como si fueran grandes expertos y mostrar que *aquí* hay alguien que aprecia el valor de una buena palabra, el *terroir* de su etimología y lo añeja que es. Luego frunció el ceño, hizo una pausa. No se corrigió, pero yo recordé de inmediato esa palabra. Estaba en el Volumen I del *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby*. David había querido decir *apricidad* (f.), el calor del sol en invierno. *Apricidio* (m.) hace referencia al sacrificio ceremonial de cerdos.

Podrías localizar un volumen del *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby* pudriéndose, empleado como sujetalibros sobre la repisa de la chimenea de cualquier gastrobar, o ver de vez en cuando uno pasando del puesto de libros de una celebración al aire libre organizada por la iglesia de tu localidad, a la tienda de

artículos usados cuyos beneficios se destinan a fines benéficos y de ahí a la factoría de camas para hámsters de tu localidad. No es el primero ni el mejor, y desde luego no es el diccionario más famoso de la lengua inglesa. Como obra de referencia, el *Swansby* siempre ha sido una débil sombra de sus competidores; desde la primera edición impresa de 1930 hasta la actualidad, nunca se ha acercado al éxito ni al rigor de la *Enciclopedia Británica* o del *Diccionario de Oxford*, esos elegantes coches fúnebres azul oscuro. El *Swansby* también ha tenido mucho menos éxito que el *Collins* o el *Chambers*, el *Merriam-Webster* o el *Macmillan*. En realidad, si el *Swansby* ocupa un lugar en la imaginación del público es sólo porque está incompleto.

No sé si la gente le toma cariño a un diccionario *casi* completo porque a todo el mundo le gustan los disparates o debido al placer que proporciona la desgracia ajena, sobre todo cuando es una empresa ambiciosa la que fracasa. En el caso del *Swansby*, se arrojaron a la basura décadas de trabajo, un trabajo que se vio reducido a la irrelevancia porque finalmente no se pudo cumplir una promesa hecha con excesivo optimismo.

Si le preguntaras a David Swansby por la naturaleza del *Swansby*—un proyecto incompleto y, por lo tanto, un fracaso—, te levantaría hasta sus casi sesenta metros de altura y te diría que se adhería al dictamen de Auden: que una obra de arte nunca se termina, sólo se abandona. Después, David dudaría un instante, escaparía rumbo a una estantería y regresaría al cabo de diez minutos para decir que, por supuesto, esa cita era de Jean Cocteau. Pasarían otros diez minutos y David Swansby te iría a buscar y te aclararía que la frase en realidad había sido pronunciada en primer lugar por Paul Valéry.

David Swansby era un hombre al que le gustaban las citas y que recurría a ellas a menudo. Hacía un gran esfuerzo para que se notara que le importaba citar correctamente. Tampoco se lo pensaba dos veces a la hora de reprender, siempre con delicadeza, a alguien que empleara el verbo transitivo *citar* de forma intransitiva, a lo que yo siempre le decía: «Elige bien tus batallas», pero yo no era más que una becaria.

Asentí una vez más. El huevo que tenía en la boca era Júpiter, el huevo era mi cabeza entera.

Tal vez la nación le tenga afecto al *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby* porque ejerce cierta fascinación artística o filosófica por tratarse de un proyecto inconcluso. No de la manera en que David intentó presentarlo: el *Swansby* no es el equivalente textual de la *Sinfonía número 8* de Schubert, de la *Adoración de los magos* de Leonardo da Vinci ni de la *Sagrada Familia* de Gaudí. Desde luego, se podría admirar todo el trabajo que se le dedicó. El *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby* ocupa nueve volúmenes y contiene un total de 222 471 313 letras y números. Cualquiera que tenga tiempo y paciencia para las matemáticas, descubrirá que hay alrededor de 259 kilómetros de caracteres entre las gruesas cubiertas de cuero verde del diccionario. Yo no tenía paciencia para las matemáticas, pero en mi condición de becaria, tiempo sí que tenía. Cuando comencé a hacer prácticas en Swansby House, mi abuelo me dijo que el atributo más importante de un diccionario era que te lo pudieras meter en el bolsillo: ahí cabrían, desde luego, todas las palabras importantes, y sería lo bastante delgado como para poder acompañarte adondequiera que fueses sin deformar el buen trabajo de tu sastre. Yo no estaba segura de que él comprendiera lo que implicaba ser becaria («¿Has dicho *bancaria?*», chilló al teléfono, sin obtener respuesta. Volvió a intentarlo: «¿*Precaria?*»), pero parecía alegrarse por mí. Los nueve volúmenes de la primera edición del *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby* (1930) no sólo podrían parar una bala; probablemente también podrían hacer que un tanque detuviera su marcha.

En el siglo XIX, Swansby House (Londres) tenía contratados a cien lexicógrafos, todos los cuales trabajaban diligentemente en las enormes instalaciones. Cada uno de ellos, era *vox populi*, recibía como regalo el maletín reglamentario de Swansby House, la pluma de tinta reglamentaria de Swansby House y el papel membretado reglamentario de Swansby House. Dios sabe quién financiaba todo aquello, pero lo cierto es

que los trabajadores apreciaban la identidad corporativa uniforme. El mito que prevalece es que dichos lexicógrafos llegaban recién pescados, muy frescos, pues eran reclutados en cuanto salían de la universidad y se les ofrecían puestos bien remunerados para que produjeran *el* diccionario enciclopédico británico. Yo pensaba de vez en cuando en aquellos mozos, probablemente más jóvenes que yo, a los que habían arrancado de sus estudios y puesto a trabajar con el lenguaje en este mismo edificio hacía más de un siglo. Los presionaban mucho para que terminaran la primera edición antes de que lo hiciera el *Diccionario de Oxford*, porque ¿qué importa que las palabras estén bien definidas y los artículos muy documentados si no son los primeros en obtener un gran reconocimiento? El bisabuelo de David Swansby presidió la empresa desde mediados de la década de 1950. Su nombre de pila, *Gerolf*, siempre me dio la impresión de merecer otra ronda de comprobaciones ortográficas. Su retrato, en el que destaca su porte patricio y su larga barba, está colgado en el vestíbulo de la planta baja del edificio. La palabra *mostachudo* se hizo para rostros como ése. El aspecto de Gerolf Swansby sugería que su aliento sería dulzón. No mal aliento, pero tampoco bueno. No me preguntes por qué se me ocurre algo así, ni cómo podría imaginar semejante cosa simplemente mirando un retrato. A veces comprendemos algunas verdades sin ningún motivo.

Llevaba de becaria, haciendo prácticas, tres años. En mi primer día, me habían hecho un resumen de la historia de la compañía al mostrarme el edificio. Me enseñaron los retratos de sus editores e inversores, que habían rivalizado por mantener la empresa en marcha antes y después de las guerras. Todo había comenzado con el profesor Gerolf Swansby, un hombre acaudalado que por lo visto atrajo, para su proyecto lexicográfico, fondos de inversores sumamente piadosos. A finales del siglo XIX, ya había acumulado suficientes para que comenzaran las obras en un emplazamiento que daba a Saint James's Park. El edificio fue construido teniendo en cuenta el fin al que sería destinado, y en su momento fue una obra de lo

más vanguardista. Diseñado por el arquitecto Basil Slade, estaba provisto de un teléfono, un ascensor eléctrico y un reloj maestro Synchronome que empleaba impulsos eléctricos para garantizar que todos los relojes del edificio marcaran exactamente la misma hora. El profesor Gerolf Swansby decidió bautizar el edificio con su propio nombre. El «vanguardista» ascensor se diseñó para que pudiera bajar hasta el sótano del edificio, donde había unas enormes imprentas metálicas que funcionaban a vapor, compradas e instaladas desde el principio por el mostachudo bisabuelo de David Swansby de modo que estuvieran preparadas para que el diccionario se redactara de la *A* a la *Z* e imprimirlo. Desde su origen, la empresa supuso una hemorragia económica.

Antes de que se imprimiera siquiera una edición del *Diccionario*, antes incluso de que hubieran llegado a las palabras que empiezan con *Z*, el trabajo se detuvo abruptamente. Todo aquel costoso trabajo inicial invertido en el *Nuevo Diccionario Enciclopédico Swansby* se vio interrumpido cuando sus lexicógrafos fueron llamados a filas y asesinados en masa en la Primera Guerra Mundial. Todos los días pasaba junto a un monumento de piedra en honor a esos jóvenes que hay a un lado de Swansby House; sus nombres están tallados por orden alfabético sobre el mármol.

El diccionario inconcluso —y todo lo que ello supuso: las grandes esperanzas en un mundo con un orden nuevo, truncadas; su potencial jamás alcanzado— se consideró un monumento apropiado para una generación cercenada.

Esto es algo que entiendo. Me hace sentir profundamente incómoda, por varios motivos, pero lo entiendo. El diccionario está publicado de un modo incompleto y eso es una broma triste, vacía, amarga.

Las imprentas originales se fundieron con el fin de fabricar munición para la Guerra Mundial. Durante mi recorrido inicial por las instalaciones, me limité a asentir al enterarme de este detalle. Lo único en lo que pensaba era en que por fin iba a poder ganarme la vida.

David y yo trabajábamos en destartalados despachos de la segunda planta de Swansby House. Gracias a su excelente situación, cerca de Saint James's Park y Whitehall, a sus maravillosos detalles de época y a su espaciosidad, las plantas más bajas y el amplio vestíbulo del edificio se alquilaban para organizar presentaciones, conferencias y bodas. Todo tenía un aspecto lujoso con el fin de impresionar a los visitantes, y David empleaba a varios organizadores de eventos que trabajaban por cuenta propia para que añadieran marquesinas y carteles y arreglos florales, siempre en función de los diversos gustos de sus diversos clientes. La parte superior del edificio no estaba disponible para eventos; mientras que abajo todo estaba siempre impecable, pues se sacaba lustre a diario a los objetos metálicos y el polvo se mantenía a raya, los descuidados pisos que quedaban por encima de nuestra oficina no se utilizaban jamás. Yo me imaginaba que allí arriba debía de haber suficientes guardapolvos como para vestir a todo un pueblo de fantasmas, y que las telarañas que colgasen de las vigas serían tan densas como el algodón de azúcar. De vez en cuando oía el correteo de ratas o ardillas o seres inconcebibles sobre el techo de mi despacho. A veces esto hacía que un poco de yeso cayera sobre mi escritorio. No se lo comenté a David. Él tampoco lo mencionó nunca.

Las habitaciones que utilizábamos estaban emparedadas entre los espacios impolutos de abajo, que parecían sacados de un folleto publicitario de organización de lujosos eventos, y esas otras plantas superiores deshabitadas y abandonadas cuyos únicos pobladores eran los fantasmas y las ratas. Nuestra oficina había sido retapizada con un estilo anodino, inexpresivo, moderno: mi despacho era el primero en el que entraría un visitante despistado que se aventurara escaleras arriba. Estaba al lado del lóbrego cuarto de la fotocopidora, después venía el almacén con el material de oficina y por último, al final del pasillo, el despacho de David Swansby, que era el más grande, pero igualmente parecía atestado por la cantidad de libros, archivadores y carpetas que había.